

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

La alegría de la Pascua (II)

30 de marzo de 2008

Decíamos la semana pasada que la liturgia eucarística del tiempo pascual abunda en alusiones a la alegría, al gozo, al júbilo incluso, poniendo siempre como fuente el misterio del Cristo resucitado que es celebrado y actualizado en la Eucaristía. Citamos ahora esta preciosa oración sobre las ofrendas del IV Domingo de Pascua: *«Concédenos, Señor; que la celebración de estos misterios pascuales nos llene siempre de alegría y que la actualización repetida de nuestra redención sea para nosotros fuente de gozo incesante»*. O esta otra del III Domingo de Pascua: *«Recibe, Señor; las ofrendas de tu Iglesia exultante de gozo, y pues en la resurrección de tu Hijo nos diste motivo de tanta alegría, concédenos participar también del gozo eterno»*.

Quiero fijar mi atención en la frase *«actualización repetida de nuestra redención»*, contenida en esa bella oración del domingo del Buen Pastor. Se está hablando, sin duda, de la Eucaristía, en concreto de ese momento de la celebración en que el sacerdote se dispone a empezar la oración eucarística. Significa que la alegría que difundió en su momento histórico la resurrección de Cristo, como victoria sobre la muerte, ahora tiene su "lugar" de actuación en la Eucaristía. Y es que la Eucaristía podemos decir que es el misterio pascual en acción.

En esta realidad se juegan muchas cosas en la Iglesia. Estoy convencido de que cualquier cristiano que haya experimentado el encuentro con Cristo resucitado comprende enseguida la importancia de la Misa dominical. La Eucaristía es la fiesta de los de casa en el domingo. No podemos invitar a la Misa a quien no conoce a Jesús, ni ha oído ni sabe que ha resucitado. Es empezar la casa por el tejado. Es preciso que los